

Pero, antes de que pudiera recuperar el dinero, el ladronzuelo consiguió escabullirse en uno de aquellos edificios de varias plantas, obligando a Fabio a seguirlo.

Aunque en un principio pensó que aquella ínsula sería un lugar donde alcanzaría fácilmente al muchacho, pronto comprendió que era un escondite perfecto, puesto que eran muchas las habitaciones que se situaban a lo largo de un estrecho pasillo que, a esas horas, estaba tan lleno de gente como los callejones de la Subura.

—¡Mira por dónde vas! —le gritó un hombre muy corpulento con el que chocó mientras subía al segundo piso donde vio a todo tipo de personas, muchas de ellas seguramente de dudosa reputación y con las que, desde luego, era mejor no enfrentarse, sobre todo por una bolsa de dinero. Después de darse por vencido, Fabio se dispuso a abandonar aquella ínsula con la intención de regresar cuanto antes al foro.

Por extraño que parezca, se sintió más tranquilo en cuanto notó de nuevo la suave brisa sobre su rostro, aunque estuviera acompañada de una mezcla

de todos los aromas que uno pudiera imaginar y que expresaba mejor que nada el fuerte contraste que en todos los aspectos representaba aquel barrio de Roma.

—Tendré que contárselo a Porcia —se dijo a sí mismo, convencido de que no había manera de recuperar el dinero en un lugar como la Subura porque era tal el laberinto de calles que lo rodeaban que ni siquiera sabía dónde se encontraba en aquellos momentos.

Cuando intentaba encontrar la vía Argeto, por la que regresaría al foro, quiso el destino que nuevamente viera al muchacho que había robado su bolsa. Al contrario de lo que había hecho antes, no gritó para no ponerle sobre aviso sino que echó a correr detrás de él, consciente de que solo podría darle alcance si el ladronzuelo no estaba alertado de su presencia.

Durante varios minutos tuvo que estar bien atento para no perder el rastro del joven que, en alguna ocasión parecía desaparecer entre toda aquella gente. Finalmente, el muchacho se detuvo y una niña, de unos cinco años, corrió hacia él y lo abrazó.

Al ver la ropa tan envejecida que llevaba la niña así como el estado de sus sandalias, Fabio se quedó inmóvil. Luego recordó los manjares que se habían servido en la cena del día anterior y los que, a buen seguro, se servirían ese día, y aumentó aún más su indignación. Desde luego, Roma era una ciudad de grandes contrastes: patricios y plebeyos, amos y esclavos, el Palatino y la Subura, ricos y pobres... las diferencias, como acababa de comprobar, eran enormes.

Consciente de que lo observaban, el ladronzuelo giró su cuerpo y enfrentó su mirada a la de Fabio que contemplaba aquella escena. Aunque la primera intención del muchacho fue salir corriendo, la actitud de Fabio, que no parecía ni mucho menos enojado, le hizo permanecer en el mismo lugar. Después de unos segundos de espera, Fabio asintió con la cabeza para indicarle que no tenía nada que temer. Se dirigió al extremo opuesto de la calle, pero aún tuvo tiempo de ver que el muchacho le dedicó una sonrisa agradecida con la que parecía transmitirle que estaba en deuda con él.

Una vez en el foro, Fabio, que en un primer momento dudó sobre su comportamiento, supo, al ver de nuevo las elegantes túnicas de los senadores, que había hecho lo correcto. Mientras que Porcia podría arreglárselas sin aquellas especias, ese dinero permitiría a aquellos niños vivir durante casi un mes entero. Fabio era incapaz de olvidar el hambre y las penalidades que había sufrido hasta que el destino, de una manera ciertamente cruel, guio sus pasos hasta la *Domus Publica*, lugar donde vivía.

Mientras regresaba a la casa, comenzó a sentirse más orgulloso de su decisión, pues no todo el mundo en aquella ciudad tenía algo que llevarse a la boca. Además, también era consciente de que su vida podía haber sido como la de aquel muchacho si el destino no hubiera querido que acabase al servicio del hombre más poderoso de Roma y del mundo entero. Sí, aquel hombre era su amo, el que respondía a los cargos de Pontífice Máximo o Dictador Perpetuo y cuyo nombre no era otro que Cayo Julio César.